

VIDA Y OBRA
DE
SAN PEDRO DE ALCANTARA

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

Con licencia eclesiástica

D.L. M-20789-1988

I.S.B.N. 84-7770-132-6

Impreso en España-Printed in Spain
Gráficas Futura, S.C.L.
Villafranca del Bierzo, 23
Fuenlabrada (Madrid).

SAN PEDRO DE ALCANTARA

REFORMADOR DE LA ORDEN FRANCISCANA
(1499-1562)

A fines del siglo XV gobernaba la ciudad de Alcántara un magistrado llamado Alonso Garavito. Este nobilísimo varón era asimismo sabio jurisconsulto. Con la dignidad de su vida y excelente administración y gobierno, corrían parejas su caridad con los pobres y protección de sacerdotes y religiosos. Se casó con una virtuosa y noble doncella, doña María de Sanabria y Maldonado.

De tan ejemplar matrimonio nació, el año de 1499, un niño a quien llamaron Juan. Otro hijo, llamado García, murió en la cuna, y a poco falleció también cuando don Alonso no tenía aún diez años. Su madre se casó entonces con un varón no menos noble, Alfonso Barrantes.

Ya en su niñez empezó Juan Garavito a dar señales de las eminentes virtudes que había de practicar durante toda su vida. Siendo de diez años de edad, rezaba largas oraciones mañana y tarde, hincado de rodillas en el oratorio de su casa. Su madre le supo infundir grande afecto a la Reina de los Angeles.

Merced a su natural manso y pacífico y a su raro y vivo ingenio, se ganó el cariño de cuantos le trataban. Era su mayor gozo rezar en las iglesias; cada tarde, al volver de la escuela, entraba en alguna para cumplir sus devociones. En una de estas visitas quedó tan profundamente arrebatado en espíritu, que el criado que le buscaba no pudo ni con signos ni con palabras hacerle volver en sí.

ESTUDIANTE EJEMPLAR. – FRANCISCANO

Viendo Alfonso Barrantes los notables progresos del niño en el estudio, determinó hacerle seguir cursos superiores, y así, el año de 1513 le envió a la Universidad de Salamanca.

Juan se hospedó en casa de una honrada familia cerca de la iglesia. Se acostumbró a levantarse temprano y pasaba orando toda la mañana hasta la hora de ir a cátedra. En las comidas gustaba ya de observar la abstinencia y mortificación de que dará más tarde asombroso ejemplo. Con visitar a los enfermos de los hospitales y tratar con los eclesiásticos, tenía bastante recreo y descanso. Cada tarde examinaba su conciencia y, siendo estudiante, usaba ya cilicios, disciplinas y otras asperezas.

Huía con extremado cuidado de las malas compañías; evitaba escrupulosamente las conversaciones frívolas, y, sobre todo, se señalaba entre los estudiantes por su modestia y compostura, virtud esta que practicó siempre con extraordinaria perfección.

Dos años llevó el virtuoso joven este modo de vida, pidiendo a Dios sin cesar que le mostrase el camino de su voluntad. Inspirado del cielo, determinó consagrar totalmente su vida al Señor. El año de 1515, siendo de dieciséis años de edad, entró en los Franciscanos Descalzos reformados por Juan de Guadalupe y conocidos con el nombre de Frailes del Santo Evangelio o de la Capucha. No había a la sazón, conventos donde se observase más rigurosamente la regla seráfica.

El Padre Miguel Rocco, pariente del Santo, era por entonces Guardián del Convento de los Majarretes. El postulante dejó secretamente la casa paterna, sin otro alimento que la sagrada Eucaristía, que recibió al salir de Alcántara. Llegó en esto a orillas de un río, crecidísimo con las lluvias; ni había puente, ni podía vadearse con barca por la fuerza de la riada. Empezó el Santo a rogar a Dios, y, de repente, sin ver ni entender quién que le llevaba, se halló a la otra orilla con los pies enjutos. Prosiguió el viaje en ayunas, y llegó al convento de los Majarretes, situado en las escabrosidades que separan a Extremadura de Portugal.

El Padre Guardián tuvo aquello en un principio por una calaverada del muchacho; pero sondeando la conciencia de su pariente se convenció de que aquella determinación estaba inspirada del cielo y así le dio de buena gana el hábito franciscano. Desde ese día mudó su nombre por el de fray Pedro, seguido del de su ciudad natal de Alcántara, como suele

hacerse en la Orden. En el tiempo de su noviciado, le atormentó el demonio con tentaciones sin cuento; pero con las armas de su ardiente fe, encendido amor de Dios, oración y mortificación, logró salir victorioso de todas.

SUPERIOR A LOS VEINTE AÑOS

Desde el primer día resolvió no mirar a nada ni a nadie sin absoluta necesidad. Pasaba por todas partes con los ojos bajos y el espíritu enteramente absor-to en Dios; empleaba la inteligencia para meditar cosas celestiales, y la memoria para recordar y'con-siderar los divinos misterios. Pasado el año de novi-ciado, no sabía si el techo de su celda era de cielo raso o de teja vana; tampoco miró nunca la bóveda de la iglesia del convento. Vivió cuatro años en otra casa de la Orden sin ver un árbol plantado en el pa-tio. Tenía tan prodigiosa memoria, que no necesita-ba abrir los ojos para rezar el oficio, y se sabía de memoria la Sagrada Escritura. Desempeñó con ex-traordinario celo los humildes oficios del noviciado; fue sacristán y enfermero, y aun le ocuparon en ta-reas harto duras y pesadas; en todas se mostró ejem-plar novicio.

Profesó al acabar el año y le enviaron al convento de Belvís; dos años permaneció allí viviendo como solitario en una choza que se arregló él mismo con ramas y hojas. Tanto resplandecía su virtud que,

aun antes de recibir los sagrados órdenes, los superiores le empleaban en oficios y ministerios delicadísimos, y sus mismos compañeros le consultaban como a Padre espiritual. Por entonces empezó a trabar amistad con el conde de Oropesa, sobrino del Padre administrador del convento de Belvis y más adelante insigne bienhechor y fundador temporal de la reforma franciscana llamada de la Estrechísima Observancia.

Siendo de sólo veinte años, el Capítulo de la Custodia o provincia de Extremadura le nombró Guardián del recién fundado convento de Badajoz. Allí tuvo el primer éxtasis de su vida. Pronto se echó de ver el espíritu de profecía y la fuerza sobrenatural con que el Señor le había favorecido. De ello traen los historiadores testimonios irrecusables.

En 1522, le ordenaron de subdiácono con mucha repugnancia suya, por el bajo concepto que de sí tenía. A los dos años, no obstante su deseo de permanecer diácono a ejemplo de San Francisco, recibió el sacerdocio de manos del obispo de Badajoz. Cada vez que celebraba, lo hacía con mucha devoción, y, a menudo, quedaba arrebatado en éxtasis.

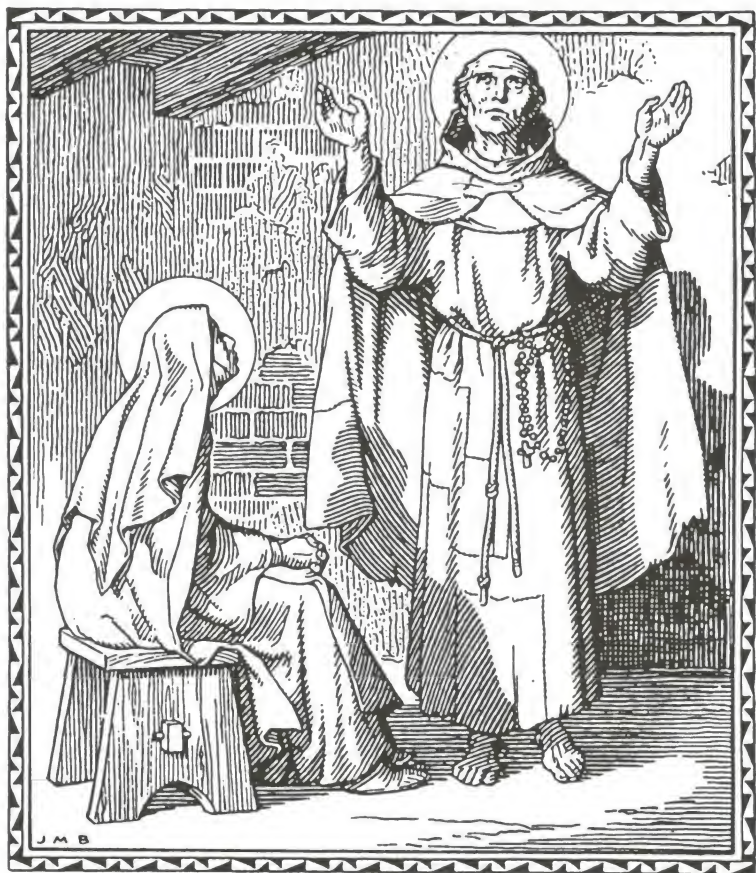
Mandóle el Provincial que predicase hallándose él presente, y fray Pedro lo hizo con tanto acierto, ingenio, espíritu y ortodoxia, que ya por aquel primer sermón se echó de ver el maravilloso fruto que obraría con la predicación. Estas admirables prendas que sólo mostró por obediencia, fueron parte para que le nombrasen Guardián del convento de Nuestra Señora

ra de los Angeles de Robledillo. Era de los más pobres monasterios de la Orden, tanto que ni había claustro. Pero poco importaba esto al Guardián, que delante de todos los frailes recibía de mano de los ángeles el sustento de su comunidad, cuando faltaban las limosnas de los fieles.

MISIONERO. – DOCTOR MISTICO

Tres años después, el Padre Provincial le envió a predicar como misionero a la provincia de Extremadura. El Santo dejó el convento de Robledillo, llevando consigo sólo una cruz y los santos Evangelios. Allí renovó las prodigiosas conversiones de los primeros Apóstoles. Al oírle, se conmovían las gentes y las almas se convertían al Señor. Hacía fabricar cruces de madera y, llevándolas él sobre sus hombros, las colocaba en lugares eminentes y cumbres de los montes, adonde subía acompañado de mucha gente. El Capítulo general del año 1537 otorgó al celoso misionero lo que más deseaba: diole licencia para retirarse y hacer vida eremítica en el convento de San Onofre de Lapa.

Aquí escribió más tarde el Tratado de la Oración, y recibió entre otras visitas, la del venerable y sin par escritor fray Luis de Granada. El Tratado de la Oración se publicó el año de 1561; la doctrina es tan sublime, que el papa Gregorio XV dijo al beatificar al autor el año de 1623: Fue «luz resplandeciente para



San Pedro de Alcántara ayuda denodadamente a la seráfica madre Santa Teresa en la reforma de su Religión. Aprueba su espíritu y le asegura que, si no era la fe, no podía haber cosa más verdadera. Desengañó a los que la tenían por engañada y la defendió de los que la perseguían.

llevar las almas al cielo, y poseía doctrina celestial dictada por el Espíritu Santo; es el doctor e ilustre maestro de la teología mística». Entre los libros ascéticos, el Tratado de la Oración es, efectivamente, uno de los más prácticos y excelentes.

Poco tiempo permaneció Pedro en su amada soledad. Los superiores le sacaron de ella para que defendiese, ante el obispo de Plasencia, una causa judicial importantísima para la nueva provincia de San Gabriel. Aquí, como luego en Alcántara, apaciguó los ánimos y convirtió los corazones con sabiduría y elocuencia. Su vida fue un tejido de milagros de que dieron fe testigos oculares, y que aún siguieron después de su muerte.

El rey de Portugal, Juan III, deseó ver y hablar a tan eminente religioso. Por orden de los superiores, Pedro hubo de pasar a Lisboa; el monarca se deshizo en honras y agasajos, pero el Santo llevó en aquella corte vida tan penitente como en el convento; y aprovechó de su estancia en la capital para convertir a algunos señores principales y fundar el hospital de Nuestra Señora de la Luz.

DA PRINCIPIO A LA REFORMA FRANCISCANA

El Capítulo de los Observantes Descalzos celebrado en Alburquerque el año de 1538, eligió Provincial a fray Pedro de Alcántara. Desempeñando este car-

go, emprendió la fundación de la Reforma, añadiendo a la regla de los Franciscanos de la Observancia mayor severidad y algunos ejercicios que la dejaban mudada o poco menos, en nueva regla.

El Papa Alejandro IV permitió fundar conventos de Recoletos, o frailes que podían darse a la contemplación y algo también a los ministerios sagrados, aunque con mayor reserva y recogimiento. El nuevo Provincial preparó el plan de la Reforma y lo presentó al Capítulo celebrado en Plasencia el año de 1540. Pronto pudo fundar tres conventos.

Tuvo que interrumpir, sin embargo, la obra de tres fundaciones para asistir al nuevo Capítulo general convocado en la ciudad de Mantua. Partió el Santo a pie; pero obligado por una enfermedad, tuvo que pararse en Barcelona. El General de los Franciscanos accedió a la petición de fray Pedro, y nombró por entonces al Padre Luis Carvajal, Visitador de la provincia de San Gabriel, con cargo de Comisario general.

Apenas curado, partió el Santo para el convento de La Arrábida, cerca de Lisboa, en un paraje desierto y sobre una peña cortada a pico a orillas del mar. En él vivían algunos frailes que se habían propuesto volver a la primitiva observancia. El Comisario general fue el primer maestro de novicios. Aquí echaron de ver los frailes que dormía el Santo apenas hora y media cada noche, sentado en los talones o del todo arrodillado, pero nunca acostado. La comida que tomaba, sólo cada dos o tres días, bastába-

le apenas para no morir de hambre. También advirtieron que sólo tenía una túnica remendada, y que siempre andaba descalzo, sin sandalias y con la cabeza descubierta; nunca le vieron calentarse. Este fue su modo de vida por espacio de cuarenta y cinco años.

Absoluta pobreza reinaba en los conventos reformados por Pedro de Alcántara, y aun los mismos edificios parecen hoy incapaces para alojar personas. Era tan rigurosa la abstinencia, que sólo cocinaban un día cada semana. El cocinero solía cocer ese día buena calderada de hortalizas, y los demás días tomaba de la olla y calentaba la ración necesaria para la comida. Demasiado sabroso le parecía al santo reformador aquel frugal sustento; por eso, a lo que él le daban, solía mezclar agua o ceniza para dejarlo insípido.

Entre tanto, seguía predicando con grande fruto de las almas. El emperador Carlos V, que vivía retirado en el monasterio de Yuste desde el año 1556, tuvo noticia de la santidad del siervo de Dios y le mandó llamar para hacerle su confesor; pero el Santo no quería honras, sino desprecios, y así logró que el monarca desistiera de su propósito. Estaba a la sazón atareadísimo poniendo los fundamentos de una reforma todavía más austera con licencia del papa Julio III, a quien habló en Roma el año de 1555.

Levantáronse persecuciones, pero las venció fray Pedro con su humildad, paciencia y confianza en

Dios. Merced a la liberalidad de un generoso bienhechor, pudo edificar su primer convento cerca del Pedroso, cuna de nuevas y preclaras glorias de la Orden Franciscana. El triunfo y progresos de aquella empresa quedaron asegurados cuando el General de la Orden nombró a fray Pedro Comisario general de la Reforma. Desde ese día, trabajó para que se fundasen en España conventos de Clarisas reformadas por Santa Coleta. Algunas religiosas vinieron de la ciudad de Gante, llamadas por la infanta doña Juana, hija de Carlos V.

Mas no sólo dentro de la familia franciscana, sino también fuera de ella, extendió este admirable siervo de Dios los beneficios de su celo y experiencia. Fue el colaborador de la seráfica madre Santa Teresa de Jesús, y verdadero Padre de la Reforma del Carmen, porque San Juan de la Cruz entró en la Orden, muerto ya San Pedro de Alcántara.

AYUDA A SANTA TERESA A LA REFORMA

El año de 1560 y en Avila, vio el Santo por vez primera a la futura reformadora: una virtuosa viuda llamada Guiomar de Ulloa, ofreció a la insigne Carmelita este inefable consuelo en medio de sus trabajos y sinsabores. El Franciscano conoció luego la santidad de aquella alma privilegiada. Habló al obispo de Avila y le descubrió el tesoro que en ella tenía el Carmelo de su ciudad episcopal. Alentó a la

santa Madre a la fundación de conventos de la Reforma; escribió prudentísimos avisos y consejos para ayudarle a llevar a cabo la empresa; defendió a la Reformadora ante los superiores eclesiásticos; en suma, lo llevó todo con tanta cordura y prudencia, que la Reforma del Carmen llegó a ser un hecho a los pocos años.

Muchas veces reveló Dios a la santa Madre la eminente santidad del Padre espiritual que le había dado; tuvo una aparición en la que vio a San Pedro de Alcántara diciendo misa: se la ayudaban San Francisco de Asís y San Antonio de Padua. Otra vez Santa Teresa y otras siervas d.' Dios vieron cómo Jesucristo en persona partía la comida que estaba en la mesa y se la daba al Santo.

El año de 1561 señaló el triunfo definitivo de la Reforma de la Estrechísima Observancia, que fue erigida en Provincia por el papa Pío IV, y cuyas Constituciones son tales que asustan con sólo leerlas. Reglas severísimas aseguran la práctica de la pobreza; el número de ornamentos y vasos sagrados, así como las dimensiones de las distintas partes de los conventos, estaban clara y cuidadosamente limitados.

La Reforma quedaba con esto fundada. En breve se dilató por España, América, y por todo el mundo. Glorias de ella fueron San Pascual Bailón, patrón de las Obras eucarísticas; San Leonardo de Puerto Mauricio, insigne misionero y apóstol del Vía Crucis; San Juan de la Cruz, los Beatos Andrés Hyber-

non y Gil de San José. Hijos de San Pedro de Alcántara son también cinco de los ventiséis gloriosos mártires crucificados en el Japón el 4 de febrero de 1597, el Beato Juan de Prado, quemado vivo en Marruecos el 24 de mayo de 1636, el Beato Buenaventura de Barcelona y el Venerable Juan Bautista de Borgoña.

Esta fue la obra de San Pedro de Alcántara; en ella puso todo su empeño, y los frutos fueron tan extraordinarios y copiosos, que hasta ha sido considerado como fundador, puesto que en la basílica de San Pedro se halla su estatua entre las de los santos Fundadores de Ordenes.

La Reforma subsistió hasta el año de 1897, en que León XIII ordenó la unión de las distintas familias hijas de la Observancia franciscana, que se agruparon con el nombre de «Franciscanos».

No obstante sus enfermedades y achaques, fue el Santo varias veces a Toledo para consolar a algunas familias afligidas; también estuvo en El Tiemblo para ayudar a la reforma del convento de Carmelitas, y en Avila, por la misma causa. Empezó después de la visita general de sus monasterios y fundó otros dos conventos. En este viaje alcanzó con sus oraciones el término de la peste que diezaba a la ciudad de Alburquerque.

MUERTE SANTISIMA

Hallándose el Santo en la visita general de sus conventos, tuvo que interrumpir el viaje. Padecía tales dolores y estaba tan desfallecido, que fuele menester viajar en un jumento en vez de ir a pie, como lo había hecho siempre. Estaba entonces en el convento de San Juan Bautista de Viciosa. El conde de Oropesa le llamó a su palacio para que en él descansase; fray Pedro aceptó por no poder menos, y allí llegó montado en un pobre asno.

No quiso acostarse en la cama que le tenían preparada, sino en una que le hicieron sobre unas tablas; con todo, obedeció al médico que le asistía, y tomó los alimentos y remedios por él prescritos. Sin embargo de todos los cuidados se agravó su mal sobremanera, y, como el Santo deseaba morir entre sus religiosas, se hizo llevar a su convento de Arenas, a pesar de las instancias del conde. El Guardián lo trasladó a una casita perteneciente a los frailes y distante una legua del convento. Era tan pobre aquella casucha, que no había en ella con qué decir misa.

El viernes 16 de octubre, lo pasó el santo enfermo en oración. Toda la noche estuvo meditando la Pasión y disponiéndose al Viático, que recibió de rodillas. Luego quedó abstraído en altísima contemplación delante de su Crucifijo. A las cuatro de la madrugada del domingo pidió y recibió la Extremaunción. Ofreciéronle un vaso de agua para calmar al-

gún tanto el ardor de la calentura que le consumía; el Santo lo aceptó, pero mirando al Crucifijo, devolvió el vaso sin haber bebido gota, diciendo: «¡Oh; Dios mío! Vos también padecisteis sed en vuestra agonía».

Llegada ya la hora de su muerte, llamó a los religiosos y también San Juan Evangelista, a quien tuvo siempre afectuosa devoción. Finalmente, hincado de rodillas y puestos los brazos en cruz, expiró al tiempo que entonaba el salmo CXXI: «Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi: in domum Dómini íbimus». Me alegré con lo que me dijeron: iremos a casa del Señor». Murió a la seis de la mañana del domingo 18 de octubre de 1562. A esa hora, tuvo Santa Teresa, en Avila, revelación de la muerte del Santo y de la grande gloria de que gozaba en el cielo.

El funeral fue una manifestación de triunfo. Obró el Señor muchos milagros en el pobre sepulcro del Santo, que se halla en la capilla del convento de Arenas. Beatificó a este insigne Santo el papa Gregorio XV, en 1622, y le canonizó Clemente IX en 1669. El mismo Sumo Pontífice señaló el día 19 de octubre para su fiesta en la Orden seráfica, y Clemente XI la extendió a la Iglesia entera el 16 de abril de 1701.

Se invoca especialmente a San Pedro de Alcántara como protector de los niños, por los muchos milagros que en ellos ha obrado. Para consagrar los pequeños a este Santo, se les lee sobre la cabeza el Evangelio de San Juan: In principio erat Verbum, como solía él hacerlo.

TRATADO DE LA ORACION

por

SAN PEDRO DE ALCANTARA

Fray Pedro de Alcántara es autor de unos libros pequeños de oración, que ahora se tratan mucho, porque como quien la había ejercitado escribió harto provechosamente... (Santa Teresa. V.30,2)

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

DEL FRUTO QUE SE SACA DE LA ORACION Y MEDITACION

Porque este tratado breve habla de oración y meditación, será bien decir en pocas palabras el fruto que de este santo ejercicio se puede sacar, porque con más alegre corazón se ofrezcan los hombres a él.

Notoria cosa es que uno de los mayores impedimentos que el hombre tiene para alcanzar su última felicidad y bienaventuranza, es la mala inclinación de su corazón, y la dificultad y pesadumbre que tiene para bien obrar; porque a no estar ésta de por medio, facilísima cosa le sería correr por el camino de las virtudes y alcanzar el fin para que fue creado. Por lo cual dijo el Apóstol (Rom., VII, 23): *Huélgome con la ley de Dios, según el hombre interior; pero siento otra ley e inclinación en mis miembros, que*

contradice a la ley de mi espíritu. Y me lleva tras sí cautivo a la ley del pecado. Esta es, pues, la causa más universal que hay de todo nuestro mal. Pues para quitar esta pesadumbre y dificultad y facilitar este negocio, una de las cosas que más aprovechan es la devoción. Porque (como dice Santo Tomás) no es otra cosa devoción sino *una prontitud y ligereza para bien obrar*, la cual despidе de nuestra ánima toda esa dificultad y pesadumbre y nos hace prontos y ligeros para todo bien. Porque es una refección espiritual, un refresco y rocío del cielo, un soplo y aliento del Espíritu Santo y un afecto sobrenatural; el cual, de tal manera regla, esfuerza y transforma el corazón del hombre, que le pone nuevo gusto y aliento para las cosas espirituales, y nuevo disgusto y aborrecimiento de las sensuales. Lo cual nos muestra la experiencia de cada día, porque al tiempo que una persona espiritual sale de alguna profunda y devota oración allí se le renuevan todos los buenos propósitos; allí son los favores y determinaciones de bien obrar; allí el deseo de agradar y amar a un Señor tan bueno y dulce como allí se le ha mostrado, y de padecer nuevos trabajos y asperezas, y aun derramar sangre por El; y, finalmente, reverdece y se renueva toda la frescura de nuestra alma.

Y si me preguntas por qué medios se alcanza ese tan poderoso y tan notable afecto de devoción, a esto responde el mismo santo doctor diciendo: que por la meditación y contemplación de las cosas divinas; porque de la profunda meditación y consideración

de ellas redunda este afecto y sentimiento en la voluntad, que llamamos devoción, el cual nos incita y mueve a todo bien. Y por eso es tan alabado y encomendado este santo y religioso ejercicio de todos los santos; porque es medio para alcanzar la devoción, la cual, aunque no es más que una sola virtud, nos habilita y mueve a todas las otras virtudes, y es como un estímulo general para todas ellas. Y si quieres ver cómo esto es verdad, mira cuán abiertamente lo dice San Buenaventura (en *De vita Christi*) por estas palabras:

Si quieres sufrir con paciencia las adversidades y miserias de esta vida, seas hombre de oración. Si quieres alcanzar virtud y fortaleza para vencer las tentaciones del enemigo, seas hombre de oración. Si quieres mortificar tu propia voluntad con todas sus aficiones y apetitos, seas hombre de oración. Si quieres conocer las astucias de Satanás, y defenderte de sus engaños, seas hombre de oración. Si quieres vivir alegremente y caminar con suavidad por el camino de la penitencia y del trabajo, seas hombre de oración. Si quieres ojear de tu ánima las moscas importunas de los vanos pensamientos y cuidados, seas hombre de oración. Si la quieres sustentar con la grosura de la devoción y traerla siempre llena de buenos pensamientos y deseos, seas hombre de oración. Si quieres fortalecer y confirmar tu corazón en el camino de Dios, seas hombre de oración. Finalmente, si quieres desarraigar de tu ánima todos los vicios y plantar en su lugar las virtudes, seas hombre

de oración; porque en ella se recibe la unción y gracia del Espíritu Santo, la cual enseña todas las cosas. Y demás de esto, si quieres subir a la alteza de la contemplación y gozar de los dulces abrazos del Esposo, ejercítate en la oración, porque éste es el camino por do sube el ánimo a la contemplación y gusto de las cosas celestiales. ¿Ves, pues, de cuánta virtud y poder sea la oración? Y para prueba de todo lo dicho (dejando aparte el testimonio de las Escrituras Divinas), esto basta agora por suficiente probanza que habemos oído y visto, y vemos cada día muchas personas simples, las cuales han alcanzado todas estas cosas susodichas y otras mayores mediante el ejercicio de la oración. Hasta aquí son palabras de San Buenaventura. Pues ¿qué tesoro, qué tienda se puede hallar más rica, ni más llena que ésta? Oye también lo que dice a este propósito otro muy religioso y santo Doctor (San Lorenzo Justiniano, *In Ligno vitae: De oratione*, cap. 2), hablando de esta misma virtud: *En la oración* (dice él), *se alimpia el ánima de los pecados, apaciéntase la caridad, certificase la fe, fortalecese la esperanza, alégrase el espíritu, derritense las entrañas, purifícase el corazón, descúbrese la verdad, véncese la tentación, huye la tristeza, renuévanse los sentidos, repárase la virtud enflaquecida, despídese la tibieza, consúmese el orin de los vicios, y en ella no faltan centellas vivas de deseos del cielo, entre las cuales arde la llama del divino amor. ¡Grandes son las excelencias de la oración! ¡Grandes son sus privilegios! A ella están abiertos los Cielos. A*

ella se descubren los secretos, y a ella están siempre atentos los oídos de Dios. Esto basta ahora para que en alguna manera se vea el fruto de este santo ejercicio.

CAPITULO II

DE LA MATERIA DE LA MEDITACION

Visto de cuánto fruto sea la oración y meditación, veamos ahora cuáles sean las cosas que debemos meditar. A lo cual se responde, que por cuanto este santo ejercicio se ordena a criar en nuestros corazones amor y temor de Dios, y guarda de sus mandamientos, aquélla será más conveniente materia de este ejercicio que más hiciere a este propósito. Y aunque sea verdad que todas las cosas creadas y todas las espirituales sagradas nos muevan a esto; pero, generalmente hablando, los misterios de nuestra fe, que se contienen en el Símbolo, que es el Credo, son los más eficaces y provechosos para esto. Porque en él se trata de los beneficios divinos, del juicio final, de las penas del Infierno y de la gloria

del Paraíso, que son grandísimos estímulos para mover nuestro corazón al amor y temor de Dios, y en él también se trata la Vida y Pasión de Cristo nuestro Salvador, en la cual consiste todo nuestro bien. Estas dos cosas señaladamente se tratan en el Símbolo, y éstas son las que más ordinariamente rumiamos en la meditación, por lo cual con mucha razón se dice que el Símbolo es la materia propiísima de este santo ejercicio, aunque también lo será para cada uno lo que más moviere su corazón al amor y temor de Dios (1).

(1) Se suprime parte de este capítulo y las dos series de meditaciones para cada día de la semana por considerarlo de menor importancia.

CAPITULO III

DE SEIS COSAS QUE PUEDEN ENTREVENIR EN EL EJERCICIO DE LA ORACION

Estas son, cristiano lector, las meditaciones en que puedes ejercitar todos los días de la semana, para que así no te falte materia en qué pensar. Mas aquí es de notar que antes de esta meditación pueden preceder algunas cosas y seguirse después otras que están anejas y son como vecinas de ellas.

Porque, primeramente, antes que entremos en la meditación es necesario aparejar el corazón para este santo ejercicio, que es como quien temple la vihuela para tañer.

Después de la preparación se sigue la lección del paso que se ha de meditar en aquel día, según el repartimiento de los días de la semana (como arriba lo

tratamos). Lo cual sin duda es necesario a los principios, hasta que el hombre sepa lo que ha de meditar.

Después de la meditación se puede seguir un devoto hacimiento de gracias por los beneficios recibidos y un ofrecimiento de toda nuestra vida y de la de Cristo nuestro Salvador, en recompensa de ellos.

La última parte es la petición que propiamente se llama oración, en la cual pedimos todo aquello que conviene, así para nuestra salud como para la de nuestros prójimos y de toda la Iglesia.

Estas seis cosas pueden entrevenir en la oración, y las cuales, entre otros provechos, tienen también éste, que dan al hombre más copiosa materia de meditar, poniéndole delante todas estas diferencias de manjares, para que si no pudiere comer de uno, coma del otro, y para que si en una cosa se le acabare el hilo de la meditación, entre luego en otra donde se le ofrezca otra cosa en que meditar.

Bien veo que ni todas estas partes ni esta orden es siempre necesaria, más todavía servirá esto a los que comienzan, para que tengan alguna orden e hilo por donde se puedan al principio regir. Y por esto, de ninguna cosa que aquí dijere, quiero que se haga ley perpetua ni regla general; porque mi intento no fue hacer ley, sino introducción para imponer a los nuevos en este camino, en el cual, después que hubieren entrado, el uso y la experiencia, y mucho más el Espíritu Santo, les enseñará lo demás.

CAPITULO IV

DE LA PREPARACION QUE SE REQUIERE PARA ANTES DE LA ORACION

Agora será bien que tratemos en particular de cada una de estas partes susodichas, y primero de la preparación que es primera de todas.

Puesto en el lugar de la oración de rodillas, o en pie, o en cruz, o postrado, o sentado si de otra manera no pudiese estar, hecha primero la señal de la cruz, recogerá su imaginación y apartarla ha de todas las cosas de esta vida, levantará su entendimiento arriba, considerando que lo mira Nuestro Señor. Y estará allí con aquella atención y reverencia como que realmente le tuviese presente, y con un general arrepentimiento de sus pecados (si es la oración de la mañana) dirá la confesión general, y si es la oración de la noche, examinará su conciencia de todo lo que

aquel día ha pensado, hablado, obrado y oído, y del olvido que de Nuestro Señor ha tenido, y doliéndose de los defectos de aquel día y de todos los de la vida pasada, y humillándose delante de la Divina Majestad ante quien está, diré aquellas palabras del santo Patriarca (Gen., XIX, 27): *Hablaré a mi Señor, aunque sea polvo y ceniza*, y luego dirá aquellos versos del salmo (Ps., CXXII, 1): *A ti levánté mis ojos, que moras en los cielos. Así como los ojos de los siervos están puestos en las manos de sus señores, y como los ojos de la sierva en las manos de su señora, así están puestos nuestros ojos en Nuestro Señor, esperando que haya misericordia de nosotros.*

Ten misericordia de nosotros, Señor, ten misericordia de nosotros. Gloria Patri, etc. Y porque no somos, Señor, poderosos para pensar cosa buena de nuestra parte, sino que toda nuestra suficiencia es de Dios, ni nadie puede invocar dignamente el nombre de Jesús sino con favor del Espíritu Santo. Por tanto, *Ven, oh dulcísimo Espíritu, y envía desde el cielo los rayos de tu luz. Ven, oh Padre de los pobres. Ven, oh dador de las lumbres. Ven, lumbré de los corazones. Ven, consolador muy bueno y dulce huésped de nuestra ánima y dulce refrigerio de ella. En el trabajo, su descanso; en el ardor del estío, su templanza, y en las lágrimas, su consuelo. Oh, luz beatísima, hinche lo íntimo del corazón de tus fieles V. Emitte spiritum tuum, et creabuntur. R. Et renovabis faciem terrae. Oratio. Deus qui corda fidelium, etc.*

Dicho esto, suplicará luego a nuestro Señor que le

dé gracia para que esté allí con aquella atención y devoción, y con aquel recogimiento interior, y con aquel temor y reverencia que conviene para estar ante tan soberana Majestad, y que así gaste de ella con nuevas fuerzas y aliento para todas las cosas de su servicio, porque la oración que no pare luego este fruto muy imperfecta es y muy de bajo valor.

CAPITULO V

DE LA LECCION

Concluida la preparación, se sigue luego la lección de lo que se ha de meditar en la oración. La cual no ha de ser apresurada ni corrida, sino atenta y sosegada; aplicando a ella no sólo el entendimiento para entender lo que se lee, sino mucho más la voluntad para gustar lo que se entiende. Y cuando hallare algún paso devoto, deténgase algo más en él para mejor sentirlo; y no sea muy larga la lección, porque se le dé más tiempo a la meditación, que es tanto de mayor provecho, cuanto rumia y penetra las cosas más despacio y con más afectos; pero cuando tuviere el corazón tan distraído que no pueda entrar en la oración, puédese detener algo más en la lección, o ayuntar en uno la lección con la meditación, leyendo un paso y meditando sobre él, y luego otro de la

misma manera; porque yendo de esta manera atado el entendimiento a las palabras de la lección, no tiene tanto lugar de derramarse por diversas partes como cuando va libre y suelto. Aunque mejor sería pelear en desechar los pensamientos y perseverar y luchar (como otro Jacob toda la noche) en el trabajo de la oración. Porque al fin, acabada la batalla, se alcanza la victoria, dando Nuestro Señor la devoción u otra gracia mayor, la cual nunca se niega a los que fielmente pelean.

CAPITULO VI

DE LA MEDITACION

Se sigue después de la lección la meditación del paso que habemos leído. Y ésta unas veces es de cosas que se pueden figurar con la imaginación, como son todos los pasos de la vida y pasión de Cristo, el juicio final, el infierno, el paraíso. Otras es de cosas que pertenecen más al entendimiento que a la imaginación, como es la consideración de los beneficios de Dios, de su bondad o misericordia, o cualquiera otra de sus perfecciones.

Esta meditación se llama intelectual, y la otra imaginaria. Y de la una y de la otra solemos usar en estos ejercicios, según que la materia de las cosas lo requiere. Y cuando la meditación es imaginaria, habemos de figurar cada cosa de éstas de la manera que

ella es, o de la manera que pasaría, y hacer cuenta que en el propio lugar donde estamos pasa todo aquello en presencia nuestra, porque con esta representación de las cosas sea más viva la consideración y asentimiento de ellas, y aun imaginar que pasan estas cosas dentro de nuestro corazón es mejor, que pues caben en él ciudades y reinos, mejor cabrá la representación de estos misterios, y ayudará esto mucho para traer el ánimo recogida, ocupándose dentro de sí mismo (como abeja dentro de su corcho) en labrar su panal de miel; porque ir con el pensamiento a Jerusalén a meditar las cosas que allí pasaron en sus propios lugares, es cosa que suele enflaquecer y hacer daño a las cabezas; y por esta misma razón no debe el hombre hincar mucho la imaginación en las cosas que piensa, por no fatigar con esta vehemente aprensión la naturaleza.

CAPITULO VII

DEL HACIMIENTO DE GRACIAS

Acabada la meditación se sigue el hacimiento de gracias; para lo cual se debe tomar ocasión de la meditación pasada, haciendo gracias a Nuestro Señor por el beneficio que en aquélla nos hizo; como si la meditación fue de la Pasión, debe dar gracias a Nuestro Señor, porque nos redimió con tantos trabajos; y si fue de los pecados, porque esperó tanto

tiempo a penitencia; y si de las miserias desta vida, por las muchas de que lo ha librado; y si del paso de la muerte, porque lo libró de los peligros de ella y esperó a penitencia. Y si de la gloria del paraíso, porque le crió para tanto bien, y así de los demás.

Con estos beneficios juntará todos los otros de que arriba tratamos, que son el beneficio de la creación, conservación, redención, vocación, etcétera. Y así dará gracias a Nuestro Señor, porque le hizo a su imagen y semejanza, y le dio memoria para que se acordase de El; entendimiento, para que le conociese; voluntad, para que le amase. Y porque le dio un Angel para que le guardase de tantos trabajos y peligros y tantos pecados mortales, y de la muerte cuando estaba en ellos, que no fue menos que librarlo de la muerte eterna; y porque tuvo por bien de tomar nuestra naturaleza, y morir por nosotros. Y porque le hizo nacer de padres cristianos, y le dio el sagrado bautismo, y en él le dio su gracia, y prometió su gloria, y le recibió por hijo adoptivo. Y porque le dio armas para pelear contra el demonio, y el mundo, y la carne, en el Sacramento de la Confirmación. Y porque le dio a sí mismo en el Sacramento de la Penitencia, para tornar a cobrar la gracia perdida por el pecado mortal, y por las muchas buenas inspiraciones que siempre le ha enviado y envía, y por ayuda que le dio para orar y bien obrar y perseverar en el bien comenzado. Y con estos beneficios junte los demás beneficios generales y particulares que conoce haber recibido de Nuestro Señor. Y por éstos y to-

dos los otros, así públicos como secretos, dé todas cuantas gracias pudiere, y convide a todas las criaturas, así del cielo como de la tierra, para que le ayuden a este oficio. Y con este espíritu podrá decir, si quiere, aquel cántico (Dan., III, 57): *Benedicite omnia opera Domini Domino, laudate, et superexaltate.* O el salmo (Ps., CII, 1-4): *Benedic anima mea, Domino, et omnia quae intra me sunt nomini sancto ejus. Benedic anima mea, Domino, et noli oblivisci omnes retributiones ejus. Qui propiciatur omnibus iniquitatibus tuis, qui sanat omnes infirmitates tuas. Qui redimit de interitu vitam tuam, qui coronat te in misericordia, et miserationibus, etc.*

CAPITULÓ VIII

DEL OFRECIMIENTO

Dadas de todo corazón al Señor las gracias por todos estos beneficios, luego, naturalmente, prorrumpe el corazón en aquel afecto del profeta David, que dice (Ps., CXV, 12): *¿Qué daré yo al Señor por todas las mercedes que me ha hecho?* A este deseo satisface el hombre en alguna manera, dando y ofreciendo a Dios de su parte todo lo que tiene y puede ofrecerle.

Y para esto primeramente debe ofrecerse a sí mismo por perpetuo esclavo suyo, resignándose y poniéndose en sus manos para que haga de él todo lo que quisiere en tiempo y en eternidad, y ofrecer jun-

tamente todas sus palabras, obras, pensamientos y trabajos, que es todo lo que hiciere y padeciere para que todo sea gloria y honra de su santo nombre.

Lo segundo, ofrezca al Padre los méritos y servicios de su Hijo y todos los trabajos que en este mundo por su obediencia padeció dende el pesebre hasta la Cruz, pues todos ellos son hacienda nuestra y herencia que El nos dejó en el Nuevo Testamento, por el cual nos hizo herederos de todo este gran tesoro. *Y así como no es menos mío lo dado de gracia que lo adquirido por mi lanza*, así no son menos míos los méritos y el derecho que a mí me dio que si yo los hubiera sudado y trabajado por mí. Y por esto, no menos puede ofrecer el hombre esta segunda ofrenda que la primera, recortando por su orden todos estos servicios y trabajos y todas las virtudes de su vida santísima, su obediencia, su paciencia, su humildad, su fidelidad, su caridad, su misericordia, con todas las demás, porque ésta es la más rica y más preciosa ofrenda que le podemos ofrecer.

CAPITULO IX

DE LA PETICION

Ofrecida tan rica ofrenda, seguramente podemos pedir luego mercedes por ella. Y primeramente pidamos con gran afecto de caridad y con celo de la honra de Nuestro Señor, que todas las gentes y naciones del mundo le conozcan, alaben y adoren como a su único, verdadero Dios y Señor, diciendo de lo íntimo de nuestro corazón aquellas palabras del Profeta (Ps., LXVI, 4, 6): *Confiésente los pueblos, Señor; confiésente los pueblos*. Roguemos también por las cabezas de la Iglesia, como son: Papa, Cardenales, Obispos, con todos los otros Ministros y Prelados inferiores, para que el Señor los rija y alumbre de tal manera, que lleven a todos los hombres al conocimiento y obediencia de su criador. Y asimismo, debemos rogar (como lo aconseja San Pa-

blo) por los reyes y por todos los que están constituidos en dignidad, para que mediante su providencia vivamos vida quieta y reposada, porque esto es acepto delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad. Roguemos también por todos los miembros de su cuerpo místico, por los justos, que el Señor los conserve, y por los pecadores, que los convierta, y por los difuntos, que los saque misericordiosamente de tanto trabajo y los lleve al descanso de la vida perdurable.

Roguemos también por todos los pobres, enfermos, encarcelados, cautivos, etc. Que Dios, por los méritos de su Hijo, los ayude y libre del mal.

Y después de haber pedido para nuestros prójimos, pidamos luego para nosotros, y qué sea lo que le habemos de pedir, su misma necesidad lo enseñará a cada uno, si bien se conociere. Mas para mayor facilidad de esta doctrina, podemos pedir las mercedes siguientes:

Primeramente pidamos, por los méritos y trabajos de este Señor, perdón de todos nuestros pecados y enmienda de ellos, y especialmente pidamos favor contra todas aquellas pasiones y vicios a que somos más inclinados y más tentados, descubriendo todas estas llagas a aquel médico celestial para que El las sane y las cure con la unción de su gracia.

Lo segundo, pidamos aquellas altísimas y nobilísimas virtudes en que consiste la suma de toda perfección cristiana, que son: fe, esperanza, amor, temor,

humildad, paciencia, obediencia, fortaleza para todo trabajo, pobreza de espíritu, menosprecio del mundo, discreción, pureza de intención, con otras semejantes virtudes que están en la cumbre de este espiritual edificio; porque la fe es la primera raíz de toda la cristiandad; la esperanza es el báculo y remedio contra las tentaciones de esta vida; la caridad es fin de toda la perfección cristiana; el temor de Dios es principio de la verdadera sabiduría; la humildad es el fundamento de todas las virtudes; la paciencia es armadura contra los golpes y encuentros del enemigo; la obediencia es muy agradable ofrenda, donde el hombre ofrece a sí mismo a Dios en sacrificio; la discreción es los ojos con que el alma ve y anda todos sus caminos; la fortaleza, los brazos con que hace todas sus obras, y la pureza de intención, la que refiere y endereza todas nuestras obras a Dios.

Lo tercero, pidamos luego otras virtudes, que, además de ser ellas de suyo muy principales, sirven para la guarda de estas mayores, como son: la templanza en comer y beber, la moderación de la lengua, la guarda de los sentidos, la medida y composición del hombre exterior, la suavidad y buen ejemplo para los prójimos, el rigor y aspereza para consigo, con otras virtudes semejantes.

Después de esto, acabe con la petición del amor de Dios y en ésta se detenga y ocupe la mayor parte del tiempo, pidiendo al Señor esta virtud con entrañables afectos y deseos (pues en ella consiste todo nuestro bien), y podrá decir así:

PETICION ESPECIAL DEL AMOR DE DIOS

Sobre todas estas virtudes, dame, Señor, tu gracia, para que te ame yo con todo mi corazón, con toda mi ánima, con todas mis fuerzas y con todas mis entrañas, así como tú lo mandas. ¡Oh, toda mi esperanza, toda mi gloria, todo mi refugio y alegría! ¡Oh, el más amado de los amados! ¡Oh, esposo florido, esposo suave, esposo meliflúo! ¡Oh, dulzura de mi corazón! ¡Oh, vida de mi ánima y descanso alegre de mi espíritu! ¡Oh, hermoso y claro día de la eternidad, y serena luz de mis entrañas, y paraíso florido de mi corazón! ¡Oh, amable principio mío y suma suficiencia mía!

Apareja, Dios mío, apareja, Señor, una agradable morada para ti en mí, para que, según la promesa de tu santa palabra, vengas a mí y reposes en mí. Mortifica en mí todo lo que desagrada a tus ojos, y hazme hombre según tu corazón. Hierde, Señor, lo más íntimo de mi ánima con las saetas de tu amor y em-

briágala con el vino de tu perfecta caridad. ¡Oh! ¿Cuándo será esto? ¿Cuándo estará muerto todo lo que hay contrario a ti en mí? ¿Cuándo seré de todo tuyo? ¿Cuándo dejaré de ser mío? ¿Cuándo ninguna cosa fuera de ti vivirá en mí? ¿Cuándo ardentísimamente te amaré? ¿Cuándo me abrasará toda la llama de tu amor? ¿Cuándo estaré todo derretido y traspasado con tu efícacísima suavidad? ¿Cuándo abrirás a este pobre mendigo y le descubrirás el hermosísimo Reino tuyo que está dentro de mí, el cual eres tú con todas tus riquezas? ¿Cuándo me arrebatrás y anegarás y transportarás y esconderás en ti, donde nunca más parezca? ¿Cuándo, quitados todos impedimentos y estorbos, me harás un espíritu contigo, para que nunca yo me pueda más apartar de ti?

¡Oh, amado, amado, amado de mi ánima! ¡Oh, dulzura, dulzura de mi corazón! ¡Oyeme, Señor, no por mis merecimientos, sino por tu infinita bondad! Enséñame, alúmbrame, enderézame y ayúdame en todas las cosas para que ninguna cosa se haga ni se diga, sino lo que fuere a tus ojos agradable. ¡Oh, Dios mío, amado mío, entrañas mías, bien de mi ánima! ¡Oh, amor mío dulce! ¡Oh, deleite mío grande! ¡Oh, fortaleza mía, veladme; luz mía, guíadme!

¡Oh, Dios de mis entrañas! ¿Por qué no te das al pobre? ¡Hinchas los cielos y la tierra, y mi corazón dejas vacío! Pues vistes los lirios del campo, y guisas de comer a las avcillas y mantienes los gusanos, ¿por qué te olvidas de mí, pues a todos olvido por ti? ¡Tarde te conocí, bondad infinita! ¡Tarde te amé, hermo-

sura tan antigua y tan nueva! ¡Triste del tiempo que no te amé! ¡Triste de mí, pues no te conocía! ¡Ciego de mí, que no te veía! ¡Estabas dentro de mí, y yo andaba a buscarte por de fuera! Pues aunque te hallé tarde, no permitas, Señor, por tu divina clemencia, que jamás te deje.

Y porque una de las cosas que más te agradan y más hieren tu corazón es tener ojos para saberte mirar, dame, Señor, esos ojos con que te mire; conviene saber: ojos de paloma sencillos; ojos devotos y llorosos; ojos atentos y discretos, para entender la voluntad y cumplirla, para que, mirándote yo con estos ojos, sea de ti mirado con aquellos ojos con que miraste a San Pedro, cuando le hiciste llorar su pecado; con aquellos ojos con que miraste al Hijo Pródigo, cuando le saliste a recibir y le diste beso de paz; con aquellos ojos con que miraste al publicano, cuando él no osaba alzar los ojos al cielo; con aquellos ojos con que miraste a la Magdalena, cuando ella lavaba tus pies con las lágrimas de los suyos; finalmente, con aquellos ojos con que miraste a la Esposa en los cantares, cuando le dijiste: Hermosa eres, amiga mía; hermosa eres, tus ojos son de paloma, para que, agradándote de los ojos y hermosura de mi ánima, le des aquellos arreos de virtudes y gracias con que siempre te parezca hermosa.

¡Oh, Altísima, Clementísima, Benignísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, un solo Dios verdadero, enséñame, enderézame y ayúdame, Señor, en todo! ¡Oh, Padre todopoderoso, por la grandeza de

tu infinito poder, asienta y confirma mi memoria en ti e hinchela de santos y devotos pensamientos! ¡Oh, Hijo Santísimo, por la eterna sabiduría tuya, clarifica mi entendimiento y adórnalo con el conocimiento de la suma verdad y de mi extremada vileza! ¡Oh, Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, por tu incomprensible bondad, traspasa en mí toda tu voluntad y enciéndela con un tan grande fuego de amor, que ningunas aguas la puedan apagar! ¡Oh, Trinidad Sagrada, único Dios mío, y todo mi bien! ¡Oh, si pudiese yo alabarte y amarte como te alaban y aman todos los ángeles! ¡Oh, si tuviese yo el amor de todas las criaturas, cuán de buena gana te lo daría y traspasaría en ti, aunque ni éste bastaría para amarte como tú mereces! Tú solo te puedes dignamente amar y dignamente alabar, porque tú solo comprendes tu incomprensible bondad, y así tú solo la puedes amar cuanto ella merece, de manera que en solo ese divinísimo pecho se guarda justicia de amor.

¡Oh, María, María, María, Virgen Santísima, Madre de Dios, Reina del cielo, Señora del mundo, Sagrario del Espíritu Santo, Lirio de pureza, Rosa de paciencia, Paraíso de deleites, Espejo de castidad, Dechado de inocencia! Ruega por este pobre desterrado y peregrino, y parte con él de las sobras de tu abundantísima caridad. Oh, vosotros, bienaventurados Santos y Santas, y vosotros, bienaventurados espíritus, que así ardéis en el amor de vuestro Criador, y señaladamente vosotros, Serafines, que abrasáis los cielos y la tierra con vuestro amor, no desampa-

réis este pobre miserable corazón, sino alimpiadlo, como los labios de Isaías, de todos sus pecados, y abrasadlo con la llama de ese vuestro ardentísimo amor, para que sólo a este Señor ame, a El solo busque, a El solo repose y more en siglos de los siglos. Amén.